

Olas altas

Gloria Estela González-Zenteno

El cedro Artemisa lo sabe todo. ¿O se llama Afrodita?

Bajo sus frondas oirás la brisa susurrando nuestras historias. Oirás, por ejemplo, de la noche en que bebí de la boca de Fernanda. Del diminuto y fragante océano de su boca.

Pero primero he de volver al día en que nos rodeó una jauría odiosa a la sombra del malecón y me enseñó el significado de la palabra Naca.

A los diez años solía inventar juegos para aprender palabras. Teníamos, por ejemplo, una suerte de rayuela en que alternábamos un salto en las baldosas verdes con otro en las rosadas. Cada salto, cada color tenía una palabra.

India – Naca – India - Naca.

Luisa coreaba conmigo. Pasos atrás, de nosotras, Padre y Madre se guarecían del sol bajo su paraguas negro. Enfrente andaba Alonso. Luisa y yo apretamos el paso para alcanzarlo.

Naca – India – Naca – India.

¿Por qué dicen eso, dónde lo oyeron?

Le señalé a Alonso un grupo de niñas grandes que perseguían a otra, tratando de levantarle la falda. Aullaban. Las señoras se hacían a un lado escandalizadas.

Así la llaman, dije, señalando a la de piel oscura. Bajé la cabeza.

¿Qué es india?, preguntó Luisa.

Alonso sonrió. Es una persona con piel de cacao y cabello como la fresca noche. Qué lindo, dije.

Luisa jaloneó su cola de caballo y negó con la cabeza. ¿El pelo negro? El rubio es el bonito. Como el de Mariana.

Acercó su brazo al mío, comparando.

Alonso tomó su cola de caballo y le cosquilleó la nariz con ella. Tontina. Ya te he dicho lo linda que eres, y lista. Si fueras india serías igual de bonita. Ésas nomás buscan pretextos. Quieren sentirse que son más insultando a la otra.

Luisa dijo Las indias son las que viven en el orfanato. Luego corrió hacia Madre, le abrazó las rodillas, la sacudió, como suplicando.

Las muchachas se nos acercaban rodeándonos con sus alaridos y sus muecas. La de pelo negro iba delante, pero con poca ventaja. Sus largas trenzas le azotaban las caderas. Las otras gritaban No lleva calzones. ¡Las indias no usan calzones!

Hasta que a pocos pasos la hermosa se tropezó con el ruedo de su falda.

Me le acerqué, le ofrecí mi mano, le dije Está feo ese raspón. Ella me dirigió sus ojos profundos y luego a las malas. Se puso en pie de un salto y corrió hacia un montón de turistas que se disponía a embarcar en el Super Pato, hasta que se me perdió entre los sombrerotes. Las otras se desperdigaron en el gentío.

Alonso se acercó a una que tenía gesto de cazador, señalando las calles que conducían hacia el centro. La bruta asintió y corrió llevándose su jauría.

Yo encontré a la bonita en cuclillas tras la llanta del Super Pato, y la tomé de la mano. Ven.

Sin esperar a que accediera, me dirigí hacia el muro del malecón y bajamos las escaleras. A salvo en la arena vi que su garganta palpitaba; sobre sus labios oscuros brillaban diminutas gotas. En cambio, su traje blanco resplandecía.

Qué calor, le dije, y le sequé la cara con la punta de mi vestido. ¡Oye! Tus ojos son como la noche.

Miró al mar y luego a mis ojos. Dijo Los tuyos son como el agua.

¿Cómo te llamas?

Fernanda.

Yo, Mariana.

¡Naca! ¿Andas buscando quien te preste calzones?

El grito nos caía desde arriba, del malecón. La bruta estaba enfundada en el uniforme de la Escuela Pacífico. Era de sexto. Las otras se le acercaron ladrando.

Dice mi mamá que a las indias les gusta orinar en la calle. ¿También en la playa vas a mear?

Empezaron a bajar; Fernanda miró a uno y otro lado, como planeando la escapatoria. Yo le apreté la mano y entoné unas notas agudas, ondulantes. Por el parapeto del malecón se asomó Alonso tomado de la mano de Luisa. Contestó a mis melismas con otras más fuertes y rápidas.

Yo respondí más fuerte aún, apretando la mano de Fernanda. Las malas se taparon los oídos, mirando asustadas a Alonso, luego a nosotras.

Canté más, y subí un escalón; Alonso respondió, bajando. Cuando se vio rodeada, la primera saltó unos diez escalones y huyó. Las otras la siguieron. La más pequeña se torció el tobillo y dio un chillido. ¡Espérenme! Gritó.

Cuando estaba a cierta distancia, una se detuvo y me encaró: Güera pendeja. ¿Le vas a regalar tus calzones?

Un incendio me subió por el pecho. Entonces Fernanda apretó mi mano, entregándome su serenidad.

Cuando se fue la jauría, Fernanda me besó la mejilla y entonces pude oler la brisa en su piel.

Desde arriba, Luisa y Alonso me llamaban.

Esos son mi tío Alonso y mi hermana Luisa.

Fernanda los saludó. Me esperan en la casa. Nos vemos en la escuela.

¿Estás en la Pacífico?

Mañana empiezo.

Sus labios oscuros, tan suaves. Los rocé con los míos.

Pero ella ya estaba agachándose, quitándose los zapatos, recogiendo unas caracolas. Me dio una y dijo Con éstas vamos a llamarnos.

¿Con caracolas?

Se disparó corriendo a lo largo de la orilla. Era mágico: en ningún momento se mojó la ropa. Estando lejos se detuvo, me miró y se puso la caracola al oído como un teléfono.

Yo hice lo mismo. Adiós, bonita, susurré.

¿Qué haces allí?, dijo Madre desde el muro.

Subí. Me tomó del brazo y preguntó ¿Qué quería esa india? ¿Estaba molestando a las niñas?

Luisa se colgó de sus piernas.

Madre, no me vas a mandar al orfanato, ¿verdad?

* * *

¿De dónde sacó Luisa esa obsesión con la piel?

Desde niña recuerdo las artes de mi madre para cubrir la suya.

La cocina humeaba. Ella preparaba cenas para muchos invitados. Tostaba semillas, nueces, chile, chocolate, palos de canela. Molía todo en el metate, luego lo freía

y lo ponía a cocer. Ésa era la parte fácil. Después meneaba el caldero, raspando el fondo con el cucharón para que no se formaran grumos. Hacía todo sin manchar sus ropas, sin sudar, con su oscura piel resplandeciente. Se recogía el cabello en un moño tan apretado que sus ojos se estiraban hasta parecer almendras. Meneaba el cucharón con dos manos, y en los descansos tomaba su cajita de concha nácar. Con un pincel de suaves cerdas blanqueaba su cara con polvos de arroz. Luego su cuello, su pecho, sus brazos. Toda talqueada, con los ojos delineados de kohl, parecía un fantasma de grandes ojos negros.

Mi madre, tan hermosa. Sólo yo lo sabía. Yo que la veía antes de la pambaceada.

Tantas veces le preguntó Luisa ¿Nos pintas, Mami? Hasta que una vez ella contestó Ya estás bastante grandecita. Y le administró por primera vez su veneno en esos polvos.

Por si no quedara claro le decía Es que tú y yo somos feítas. Tenemos que ser más limpias que las demás.

A veces Luisa preguntaba ¿Y Mariana?

Madre reía. Tontita, decía.

* * *

Giraban las ruedas del tiempo y nos conducían por los laberintos de la adolescencia. Al llegar diciembre terminaban los huracanes y empezaban las celebraciones. Liberadas las ventanas *art déco* de sus travesaños protectores, la brisa entraba acariciando cortinas de organza, refrescando alfombras persas y biombos japoneses, el mantón de manila sobre el piano de cola: todas las chinerías y japonerías con que las naos de la China habían embellecido nuestra casa por más de cien años. Estaba diseñada para gozar el mar, para celebrar ese rugir, ese menear y palpitar, ese ir y venir de yodo perfumado. Y la apoteosis que pocos conocían: desde el vestidor de Madre, una angosta escalera de caracol conducía a un mirador. En él los ventanales obsequiaban a los visitantes las olas del mar y las estrellas de la noche. Como único mobiliario, un sillón doble.

Era una diminuta habitación consagrada al regocijo de dos.

Por la tarde comenzaban las fiestas. Salíamos en tropel por el tríplico de puertas de cristal, saludábamos a los señores que tomaban la copa en la terraza y bajábamos al jardín mitológico. Bajo los árboles podados en forma de deidades griegas contábamos sus historias: el ficus Poseidón sabía de cuando Alonso y Karina nos enseñaron a besar. El cedro Artemisa —¿o era Afrodita?— susurraba sobre cuando bebí de la boca de Fernanda. Al otro lado, desde el Cerro del Vigía, el faro marcaba nuestra exacta posición en la Perla de Occidente.

Cuando sobre la terraza el trío de guitarras entregaba sus boleros, Madre, hermosa, entaconada, polveada de blanco, se afianzaba de Padre y zarpaba hacia el baile, trazando mapas de danzones sobre el ajedrez de las baldosas. Mientras los adultos se deleitaban con el castillo de luces artificiales, los chamacos robábamos los restos de sus copas en ese valemadrismo universal, el *porquéno* de la gran noche de Navidad.

Luego nos tomábamos de la mano y en fila india subíamos la escalera con Alonso a la cabeza. Recorríamos los oscuros corredores hasta llegar al vestidor de Madre.

Los más chicos se escondían tras los vestidos de fiesta. Fernanda y yo nos los probábamos. Me ofreció una tiara de plumas en color aqua.

Mira, Mariana. Perfecta para ti.

Ella se probó un vestido naranja estilo *flapper*. Flanqueada por los paneles bordados del escote, la piel de su pecho brillaba. Le cardé el pelo para dejarlo caer en desordenada cascada. Con la boca enfilada en su caracola, me decía Me gusta.

Yo le contesté con mi propia caracola A mí también. Eran las mismas que ella había recogido aquel primer día.

Luisa se metió entre las dos y encendió la vela eléctrica del altarcito a la Virgen de Dolores.

¡Ay, ay, ay! cantó Fernanda, echando en su caracola inflexiones andaluzas. ¿No será la Virgen de Todos los Placeres?

Nos reímos, pero Luisa no. Tomó los polvos de arroz y se pambaceó la cara, practicando con asiduidad las centenarias artes del ocultamiento.

Fernanda dijo ¿Saben que mi madre es la que hace los polvos de arroz de la suya?

¿De veras? ¿Y por qué no te pintas tú?, le preguntó Luisa. Te van a quedar bien.

Está bien. Te voy a enseñar algo.

Fernanda tomó los polvos, mezcló colores y pronto trazó con ellos dos líneas onduladas del color de la arena en sus pómulos. Luego las coronó con diminutas estrellas azules.

Es el mar, me dijo. Y el cielo. Así lo hacemos los concáac. ¿Quieren probar?

Yo le ofrecí mi rostro y cerré los ojos para concentrarme en la caricia de sus pinceles. Cuando terminó, Fernanda y yo nos miramos al espejo, cada una con su mar y sus estrellas en la cara. Luisa ya no estaba.

¿Todos los concáac saben preparar el maquillaje?

Sí, reinita. Así el mar nos acompaña.

Karina entró diciendo Toca jugar semana de amor. La seguían Alonso y los otros muchachos. Karina cerró la puerta, apagó las luces, y todos bajamos la voz. Alentados por el coñac e iluminados por la velita de la Virgen de los Placeres nos sentimos crecer frente a los espejos. Rodeamos la larga banca en el centro del vestidor.

Karina explicó las reglas. Siéntense en parejas, dándose la espalda. De este lado las mujeres, de éste los hombres. Alonso, tú te sientas detrás de mí. Mariana, tú y Osvaldo. Así organizó las parejitas, pero pronto se le acabaron los varones: Luisa necesita compañero. Tú también, Fernanda.

Fernanda dijo Luisa y yo somos equipo.

No, no, no. Es juego de hombres y mujeres.

Entonces hacemos de juez, dijo Luisa.

Karina explicó Cuando Fernanda diga Lunes, la primera pareja gira la cabeza. Si los dos miran al mismo lado, se besan. Si no, la mujer da cachetada.

¿Y las juezas?

Anuncian beso o cachetada. Vamos, Alonso. Les damos el ejemplo.

Lunes, pronunciaron Luisa y Fernanda. ¡Beso!

Alonso y Karina se pusieron de pie frente a frente y nos mostraron lo que das y lo que recibes con un beso. De a poco el asco de la saliva fue dando lugar al misterio del deseo. Los espectadores entrenábamos, imitando la coreografía con nuestros labios.

Luego nos llegó el turno a Osvaldo y a mí.

Cachetada, anunció Luisa.

Yo me levanté, blandí mi mano y le di con gusto. Los demás exclamaron aaaaay. Los ojos de Osvaldo brillaron y yo solté una risita.

Pronto tocó cambio de parejas.

Te paso a Osvaldo, le dije a Fernanda. Ella se hizo atrás, apretando su caracola en el puño.

No, yo soy juez.

Todos la miraron. Yo también.

Después de semana de amor jugamos a las escondidas. Karina apagó la vela eléctrica y nos pusimos a vagar en la oscuridad total. Con los brazos al frente buscábamos, acariciando las galas del vestidor como si fueran embajadores de nuestro futuro.

Yo adivinaba en la negrura las parejitas que se iban formando. En un rincón alguien jadeaba: tal vez Alonso y Karina. Una mano se posó en mi hombro, luego una voz me dijo Hola. Era Osvaldo con sus catorce años. Hola, le dije, y me seguí.

Después sentí dos grandes masas sedosas, mullidas. Eran los pechos de Fernanda.

Hola, me dijo. Siguió de largo, perfumando mi oscuridad con la brisa de sus cabellos.

Al final de la noche fuimos a despedirnos de la virgen. Con tono místico Fernanda dijo Nuestra Señora de todos los Placeres, cuida de nuestras caracolas. Ya volveremos por ellas. Levantó la falda de la virgen y las escondió.

¡Ay! Todos los Placeres.

A mi lado sentí un rozar de sedas. Por la escalera de caracol bajaban Alonso y Karina, con los zapatos en la mano. Cruzaron el vestidor y se dirigieron hacia la fiesta, llevándose a Luisa.

Yo saqué las caracolas de bajo de la falda de la Virgen.

Quedo, muy quedo, dije Ven.

El sofá del mirador retenía la tibieza de Alonso y Karina. Al lado, las ramas del cedro Artemisa rozaban los cristales del mirador.

No me había imaginado que llegara tan alto el árbol, dijo Fernanda.

¿Ves dónde empieza el cielo?, le pregunté. Algunas estrellas son inmóviles, pero otras bailan en las olas. Justo en medio, en la cresta de las olas altas, es donde comienza el cielo.

Las lucecitas se bamboleaban. A nuestro lado, Artemisa coreaba el canto del mar.

Fernanda se me acurrucó. ¿Te ha contado Artemisa de quienes han estado aquí? Alonso y Karina, para empezar.

Le acerqué el oído. Cuéntame.

Y así lo hizo. Su boca era un diminuto océano. Con su canto, Artemisa acompañaba los besos que la bonita colocó en mí.

Y yo. Cómo la besé.

Sus dulces pechos.

Sus caderas fuertes, su ombligo diminuto.

Su tierno centro rebozado de oscuros perfumes.

Cómo bebí.

Abajo, en la terraza, los danzones llegaban al paroxismo.

Al cabo de un rato, volvimos a contemplar las estrellas en el mar.

Ella puso un dedo en mi pómulo.

Mira cómo te quedó la ola, dijo. Toda revuelta.



Wild is the wind (2017). Técnica mixta: Abraham Morales.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

GLORIA ESTELA GONZÁLEZ ZENTENO. Profesora titular de Español y Estudios Latinoamericanos en el Middlebury College, Estados Unidos. Doctora en Literatura Hispanoamericana por la State University of New York at Stony Brook, Estados Unidos. Master of Fine Arts in Creative Writing por la misma institución. Especialista en literatura mexicana contemporánea. Ha recibido distintas becas y realizado residencias como escritora en varios países. Ganadora del Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso 2003 por *El dinosaurio sigue allí. Arte y política en Monterroso*. Ha publicado cuento en español y en inglés en *Yzur*, *Ariadna Revista Cultural*, *Magles*, *Letralia: Tierra de letras*, *Resonancias*, *Cronopio*, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* y *Barcelona Review: International Review of Contemporary Fiction*. Autora también de la novela *Limonaria*, finalista del Louise Meriwether First Book Prize 2018.

Recibido: 5 de junio de 2019
Aprobado: 6 de julio de 2020